



DON QUIJOTE, ENSEÑAR PARA LA AVENTURA: EL DIÁLOGO, FUNDAMENTO DE LA EDUCACIÓN

MIGUEL JOSÉ PÉREZ (*)
JULIA ENCISO (*)

*Así niños y hombres pasan.
El hombre duda. El viejo sabe.
Sólo el niño conoce.
Todos miran correr la cola vivida.*
(V. Aleixandre)

RESUMEN. Intentamos valorar, y destacar, en este artículo, en primer lugar, la importancia que tiene el personaje de Don Quijote en el campo de la enseñanza/educación. Y, aunque es un tema recurrente, nosotros lo enfocamos desde un punto de vista que creemos original: lo importante que es *la aventura* para la realización personal de cada individuo; pues, en definitiva, sólo nos podemos realizar satisfactoriamente andando por nosotros mismos y abriéndonos nuestro propio camino. Y, más que nunca, hoy, que nos están imponiendo la uniformación por medio de ese tan nefasto llamado -pensamiento único-.

En segundo lugar, entendemos que el que se aventura *valora, elige y se arriesga*, porque *se asombra* ante el espectáculo del mundo, como le pasa a Don Quijote -y a los niños!- y por tanto, aprende a ser curioso, a indagar, a dudar, a ser crítico. Destacamos, asimismo, la importancia de *la imaginación* como fuente de conocimiento. En resumidas cuentas, se trata de poner al niño/joven/hombre -o, mejor dicho, de hacer que se ponga él mismo ayudado por nosotros- solo ante *el riesgo*, pero siguiendo sus pasos, encauzándole por los vericuetos de la razón, *dialogando con él en el camino de la aventura*, esa hermosa aventura de la enseñanza, la educación, como hacen Sancho y Don Quijote; y ayudándole a tomar una decisión en la encrucijada de esos caminos que llevan a *la aventura de ser hombre*, como Alonso Quijano el Bueno.

ABSTRACT. In this article first we attempt to assess the importance of the character Don Quixote in the field of teaching and education. Although it is a recurring topic, we approach it from a standpoint that we think is original: the importance of *adventure* in the personal development of each individual, because in the end we can only flourish satisfactorily by walking ahead and treading on a path of our own. This especially applies today, when uniformity is imposed upon us by such an ill-fated phenomenon as a standard way of thinking suited for all.

Secondly, we understand that he who embarks on an adventure *values, chooses and takes risks*, because *he is amazed* at the spectacle of the world, just like Don Quixote -and children too!-, and therefore learns to be curious, to investigate, to doubt and to be critical. We also underscore the importance of *imagination* as a source of knowledge.

In short, it is a matter of placing children/youths/adults -or, rather, they should place themselves with our assistance- alone in the face of *risk*, but following them closely, leading them along the rugged path of reason, *establishing a dialogue along the road to adventure* the beautiful adventure of learning and education, just like Sancho and Don Quixote; helping them to take a decision at the crossroads leading to *the adventure of being a man*, like Alonso Quijano the Good.

(*) Universidad Complutense de Madrid.

En su libro *Cuentos por teléfono*, Gianni Rodari incluye uno que lleva por título «El camino que no iba a ninguna parte». El protagonista, Martín, hace una serie de preguntas a la gente, relativas a averiguar a dónde conduce aquel camino, y todos le dan la misma respuesta:

- ¿Aquel camino? No va a ninguna parte.
- ¿Y hasta dónde llega?
- No llega a ninguna parte.
- Pero entonces ¿por qué lo hicieron?
- No lo hizo nadie; siempre ha estado ahí.
- Pero ¿no ha ido nunca nadie a ver a dónde va?
- Eres bastante testarudo: ¿no te digo que no va a ninguna parte?
- Si no habéis ido nunca, no podéis saberlo. (Rodari, 1980, p. 59).

El deseo de indagar, de saber, por sí mismo, y de no conformarse con las respuestas que recibe porque no le convencen, se plantea ya desde el principio en este diálogo. Y es que, a cada una de las respuestas que recibe, el muchacho responde con otra pregunta que deshace con toda la lógica de la razón más elemental la respuesta recibida: «¿hasta dónde llega?, ¿por qué lo hicieron?, ¿nadie va a ver a dónde va?». Hasta que al final afirma con una resolución decidida que encierra una firme decisión interior de averiguarlo por sí mismo: «Si no habéis ido nunca, no podéis saberlo.» Y el muchacho, al que no le molestaba que le llamaran «Martín Testarudo», «continuaba pensando en el camino que no iba a ninguna parte». Esa firme y decidida decisión, evoca la decisión de Don Quijote.

De modo que, cuando creció lo bastante «como para cruzar la calle sin tener que cogerse de la mano de su abuelo», una mañana decidió coger ese camino y ver

hasta dónde llegaba. Atraviesa una frondosa espesura, pero «anda que te andarás el camino no terminaba nunca». Un perro le sale al paso y le conduce a una bella mansión donde una hermosa dama le invita a entrar. Allí encuentra salones llenos de tesoros de todo género. La dama le presta un carrito que él llena con todo lo que le apetece y, tirado por el perro, regresa al pueblo donde ya le daban por muerto y reparte todos los tesoros. Muchos se precipitaron «por el camino que no iba a ninguna parte» en busca de más tesoros, pero todos regresaron con la cara larga: para ellos el camino terminaba ante un espeso muro de matorrales y un mar de espinas. No había nada...

Lo que nosotros intentamos valorar, y destacar, en este artículo, es la importancia que tiene el personaje de Don Quijote en el campo de la educación¹, precisamente porque siempre hemos pensado en lo importante que es *la aventura* para la realización personal de cada individuo, y, en definitiva, porque sólo nos podemos realizar satisfactoriamente andando por nosotros mismos y abriéndonos nuestro propio camino. Y, más que nunca, hoy, que nos están imponiendo la uniformidad de ese tan nefasto llamado «pensamiento único». Asimismo, entendemos que el que se aventura *elige y se arriesga*, porque siente vivo el deseo de *curiosidad* por todo lo que va apareciendo ante él, como le pasa a don Quijote y a los niños, y, por tanto, aprende a ser crítico, a dudar. Destacamos, asimismo, la importancia de la *imaginación* como fuente de conocimiento. En resumidas cuentas, se trata de poner al niño/joven/hombre o, mejor dicho, de hacer que se ponga él mismo ayudado por nosotros solo ante el *riesgo*, pero siguiendo sus pasos, como hacía Sancho con Don Quijote, *dialogando con él en el camino de la aventura*, esa hermosa aventura de la

(1) Es bien sabido de todos que el tema de la educación en *El Quijote* es un tema inagotable. Nosotros queremos destacar con algunas pinceladas determinados hechos que consideramos de permanente actualidad.

enseñanza y el aprendizaje, y ayudándole a tomar una decisión en la encrucijada de esos caminos que llevan a la misma aventura de ser hombre, como «Alonso Quijano el Bueno». Una *aventura* en la que Sancho ha entrado tan de lleno que, al final, parece tomar el relevo de su amo invirtiendo las funciones con él:

¡Ay! No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pensar de verse vencido, écheme a mí la culpa diciendo que por haber cinchado yo mal a Rocinante le derribaron; cuanto más que vuestra merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros, y el que es vencido hoy ser vencedor mañana (II, 74, p. 1.037).

Pensamos que Don Quijote y Sancho alcanzan, juntos definitivamente, la sabiduría, cuyo principio es, indudablemente, el cultivo del deseo, la inquietud, la curiosidad, el asombro: sí, el deseo de conocer lo desconocido, el deseo de adentrarse en un camino cuyo final no se conoce y encauzar el pensamiento hacia ese final, pero sin la ambición exorbitante y egoísta de atesorar riquezas materiales, ya que entonces el final acabará siendo también de una u otra manera y tarde o temprano «un mar de espinas». Porque lo que importa es andar el camino con la ilusión de cada día buscando en cada paso la susodicha realización

personal («Caminante, no hay camino;/se hace camino al andar», que dijo A. Machado), el camino que a cada uno nos toca hacer y adentrarnos en él con una gran fe en nosotros mismos y una gran imaginación que nos encandile y nos guíe hasta encontrar nuestro destino. Como Don Quijote; y como Sancho, en definitiva. Y como el muchacho del cuento, Martín.

Pensamos también y estamos seguros de ello que la base de la educación, compañera de la sabiduría, se asienta asimismo en esos principios y se consolida al fomentar aquella capacidad de observación; pues el que *observa* es el que detiene su mirada y *contempla* el espectáculo del mundo; el que *se asombra, pregunta, indaga* y es capaz de *imaginar*. Todas estas características conforman la complejidad del personaje creado por Cervantes. De repente Alonso Quijano, empapado de todas aquellas lecturas de libros y libros de caballerías, vino a «perder el juicio», despertándose en él el deseo de cambiar la vida tediosa que llevaba en su aldea. Entonces, lleno su espíritu y su corazón de todas aquellas fantasías caballerescas, decide cambiar su destino: su vida se vuelve dinámica y comienza la acción, la aventura. Y en esa aventura le va a acompañar también, siempre, su fiel escudero Sancho.

En efecto, Don Quijote a lo largo de toda su vida, y ya desde que sale de su aldea, *desde su propia existencia como Don Quijote*, va en busca de su destino sin importarle a donde le lleve el camino²; y siempre con la ilusión de poner en práctica los anhelos que han ido modelando su espíritu a través de la lectura de aquellos libros cuyas aventuras creía reales y realizables, y guiado siempre también por el ideal de defender a los desvalidos y de imponer la justicia en el mundo. Así le dice, con una

(2) Ya es simbólico de ese destino este párrafo de los comienzos de la obra (finales del capítulo 4): «En esto llegó a un camino que en cuatro se dividía, y luego se le vino a la imaginación las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponían a pensar cuál camino de aquéllos tomarían, y, por imitarlos, estuvo un rato quedo; y al cabo de haberlo muy bien pensado, soltó la rienda a Rocinante, dejando a la voluntad del rocín la suya» (I, 4, p. 109). Citamos siempre por la edición de Vicente Gaos, publicada por la editorial Gredos en 1987).

mirada retrospectiva y llena de inmensa satisfacción y sano orgullo, al Caballero del Verde Gabán, don Diego de Miranda:

Soy caballero destes que dicen las gentes que a sus aventuras van. Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde más fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y ha muchos días que, tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá, y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así, por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas o las más naciones del mundo; treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares (II, 16, p. 236).

«A sus aventuras van». Su caminar por la vida es una constante aventura. Don Quijote sabe muy bien lo que quiere, tiene una absoluta seguridad en sí mismo y una fe inquebrantable en sus actos. Tanta es la seguridad que tiene en su persona y en sus actos que profeta de sí mismo da por seguro que todo el mundo le conocerá. Esa seguridad aparece ya en el capítulo dos de la primera parte, donde afirma, «hablando consigo mismo»:

¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a la luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida, tan de mañana, desta manera?: Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos (...), cuando el famoso caballero Don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel (I, 1, pp. 70-71).

El protagonista del cuento de Rodari se encuentra con muchos obstáculos en su

camino y como niño que es, a punto está de abandonar cuando recibe una inestimable ayuda «vio un perro» que le empujó a seguir: «Donde hay un perro hay una casa o, por lo menos, un hombre», dice. El muchacho reaviva su caminar y, guiado por el perro, sigue hasta el final, donde ve cumplida su ilusión y encuentra la recompensa a su aventura.

Don Quijote, a pesar de «tantos palos» recibidos por los mercaderes toledanos, que le dejaron «molido como cibera» ya en la primera «desventurada aventura» (como dice Sancho de la de los Galeotes), Don Quijote repetimos, mantiene intacto su espíritu y afirma solemnemente, ante el labrador de su pueblo que le dice que es «el señor Quijana»:

Yo sé quién soy, y sé que puedo ser no sólo los que he dicho sino todos los Pares de Francia (I, 5, p. 122).

II

A partir de este autoconocimiento solemne, Don Quijote, que se crea a sí mismo, se afirma también a sí mismo *como el hombre que es*, símbolo y representante, por tanto, de todo lo que ser hombre lleva consigo. Y así creo que podemos aplicar a Don Quijote el célebre principio de Terencio *Homo sum, humani nihil a me alienum puto*.

Tras ser armado caballero, Don Quijote sale al mundo que le rodea con el espíritu transido de gozo por el mundo quimérico de la caballería andante que va a iluminar sus caminos:

La del alba sería cuando Don Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo (I, 4, p. 99).

Esta inmensa y gozosa alegría que manifiesta Don Quijote nada más salir de la venta armado caballero, se mantiene viva a lo largo de la obra a pesar de algunos bre-

ves altibajos pero se manifiesta especialmente en ocasiones clave, como, por ejemplo, después de vencer al Caballero del Bosque³. Así, sin miedo, sin cortapisas de ninguna clase, con toda su ilusión a cuestas por descubrir lo que se va a encontrar en su camino, Don Quijote se lanza a la aventura, seguro de sí mismo como hemos dicho más arriba, y con una absoluta seguridad también en la rectitud de sus actos, dueño de sus pensamientos y de sus inmovibles principios. Sabe que tiene que enfrentarse a ese mundo apacible de los que nada emprenden⁴. Y nunca adoptará una actitud pasiva, sino que, según dijimos, será siempre dinámica y activa. Así, siguiendo a Aristóteles, dice Fernando Savater:

La acción no es fabricación de objetos o de instrumentos sino creadora de humanidad. La *praxis es autopiética*: la principal industria del hombre es inventarse y darse forma a sí mismo (...). Actuar requiere sin duda *conocimiento e imaginación* (...); pero consiste principalmente en *decisión* acerca de lo que va a hacerse (Savater, 2003, pp. 26, 35)

Ha nacido para él un mundo nuevo que tiene que descubrir –como el niño de Rodari–, como todos los niños del mundo a quienes se les deje actuar con la libertad con que actúa Don Quijote. Esa aventura es permanente y no únicamente exterior, sino que es vivida esencialmente en su interior; sale de sí mismo a través de *la imaginación creadora*. Con ella consigue *ennoblecera la realidad*, creando así una realidad mágica⁵, «convertir lo doméstico

en épico». Así, León Felipe, después de decirnos que «antes denuncia nuestras miserias el poeta que el moralista», añade:

La primera aventura de Don Quijote no es la de Puerto Lápice ni la de los molinos como quieren algunos. La primera aventura surge cuando el poeta se encuentra con la realidad sórdida del mundo, después de salir de su casa, llevando en la mano la Justicia. Cuando llega a la venta. No es verdad que nada épico sucediese allí. Allí comienza la hazaña primera y única que se ha de repetir a través de todo el peregrinaje del poeta. Porque no hay más que una hazaña en toda la crónica: *el trastrueque, el trasbordo de un mundo a otro mundo; de un mundo ruín a un mundo noble*. Aparentemente no es más que una hazaña poética, una metáfora. Pero es una hazaña revolucionaria también, porque ¿qué es una revolución más que una metáfora social? (Felipe, 1963, pp. 229-230).

Y ahí, en la venta, efectivamente, Don Quijote no ve, no quiere ver, lo que realmente hay (un albergue sucio e incómodo, un hombre el dueño grosero y ladrón, unas prostitutas descaradas, un pito estridente de un capador de puercos, una comida escasa y rancia, es decir, el mundo real que le rodeaba). Don Quijote transforma la realidad, y en esto se comporta como un niño, según dice Harald Weinrich:

Por el cuento, el niño se entera de que existe otro mundo distinto del que le rodea inmediatamente, en el que hay que comer, dormir, jugar y obedecer. En el cuento aprende el niño a participar en un mundo que no es el suyo... Como en el caso del guiñol, el niño toma el mundo relatado pri-

(3) Así en los caps. 15 y 16 de la segunda parte encontramos dos ejemplos que, además, aparecen en correlación poética con ese texto por su contenido y por su misma estructura trimembre: «En extremo contento, ufano y vanaglorioso iba Don Quijote por haber alcanzado victoria de tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos» (II, 15, p. 226); «Con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho seguía Don Quijote su jornada, imaginándose por la pasada victoria ser el caballero andante más valiente que tenía en aquella edad el mundo» (II, 16, pp. 230-231).

(4) Todo *El Quijote* en sí mismo es un libro itinerante, un libro de viajes. Pero es, ante todo, también un libro formativo, un libro de educación, lo que los alemanes han llamado mucho después con esa denominación moderna de *Wildungsroman*» (Sánchez, 1989).

(5) Un interesante estudio sobre este tema y su influencia en el mundo de Dostoyevski y de Mark Twain es el de Serrano Plaja (1967).

meramente por el mundo comentado y procura intervenir en él. Don Quijote, al obrar de la misma forma, se comporta precisamente como un niño (Weinrich, 1968, p. 85).

La realidad es demasiado sórdida y el hombre necesita, de vez en cuando, levantar los pies de la tierra para buscar un camino, aunque menos seguro, más sugerente y atractivo, más poético, más lleno de ilusión y de ventura, donde la ficción y la realidad se den cita para conseguir que sea posible llevar a cabo la misión que nos proponemos. Don Quijote lo sabe muy bien. Y el caballero se niega a admitir no puede admitir ese mundo. De ahí que a continuación afirme también León Felipe:

Y dice en seguida [Don Quijote]: Pero esto no puede ser el mundo; esto no es la *realidad*, esto es un sueño malo, una pesadilla terrible..., esto es un encantamiento. Mis enemigos, los malos encantadores que me persiguen, me lo han cambiado todo. Entonces su genio poético despierta, la *realidad* de su imaginación tiene más fuerza y puede más que la realidad transitoria de los malos encantadores, y sus ojos y su conciencia ven y *organizan* el mundo no como es sino como debe ser (Felipe, 1963, p. 230).

Por ello su actitud será siempre crítica hacia esa «realidad transitoria» que nombra el poeta cuando comprueba —como acabamos de decir— la sordidez del mundo que contempla a su alrededor. Así, Cervantes critica la mala literatura, la que sólo divierte para distraer la atención de los hechos graves pero no educa, la que no plantea los problemas que la vida presenta cada día, la que no se preocupa de la formación humana y de cultivar la sensibilidad del hombre, la que no obliga a pensar. Critica asimismo a los malos gobernantes que permiten que se representen las malas comedias, aque-

llas que se hacen para que el pueblo se olvide de la trágica realidad, se aisle de los problemas y se distraiga produciendo en la gente una risa hueca, vacía e inconsistente; a los jueces que se venden y se guían «por la ley del encaje»; a todos aquellos cuya mirada miope se detiene en lo concreto de su pequeño mundo doméstico, como aquel clérigo que se sentaba a la mesa de los duques y que pertenece a esa clase de los que «quieren que la grandeza de los grandes de espíritu se mida con la estrechez de sus ánimos» (II, 32, p. 460).

Asimismo, bajo su mirada crítica aparecen los nobles que bostezan acomodados en el pedestal del poder y del dinero, y que desprecian a todo el que no es de su clase ni de sangre que llaman «noble». Por eso defenderá la dignidad del ser humano y la nobleza ganada por su valía personal y no por su sangre y su nacimiento, recurriendo con frecuencia a la sabiduría popular: «Cada uno es hijo de sus obras» (I, 4, p. 104); «Sábetete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro» (I, 18, p. 360)⁶; «Ruín sea quien por ruín se tiene» (I, 21, p. 426)⁷. Por eso entre los consejos que da a Sancho, para el buen gobierno de su ínsula, aparece éste:

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; y préciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio (...). Mira, Sancho, si tomas por medio a la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que los tienen príncipes y señores; porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale (II, 42, pp. 583-584).

Cervantes conoce muy bien el valor de la crítica, y la usa con la más refinada ironía

(6) Antonio Machado, siglos más tarde y comentando el refrán popular «Nadie es más que nadie», dirá en su nunca bien valorado y precioso libro *Juan de Mairena*: «Esto quiere decir cuánto es difícil aventajarse a todos, porque, por mucho que un hombre valga, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre» (Machado, 1964, p. 369).

(7) Refrán popular que recoge ya *La Celestina* —que tan bien conocía y admiraba Cervantes—, obra que es esencialmente diálogo y donde unos personajes no nobles intentan liberarse de sus amos. Allí dice Areusa: «Ruín sea quien por ruín se tiene. Las obras hacen linaje, que al fin todos somos hijos de Adán y Eva. Procure ser cada uno bueno por sí e no vaya buscar en la nobleza de sus passados la virtud» (Rojas, 1958, II, p. 35).

y siempre con una enorme dosis de respeto por las personas, pero sin concesiones a la estupidez, el fanatismo, la hipocresía, la necedad, o la soberbia que nace de la ignorancia y que pretende convertir la mentira en verdad. Como dice Martín-Santos:

Cervantes, Cervantes.. ¿Puede realmente haber existido en semejante pueblo, en tal ciudad como esta, en tales calles insignificantes y vulgares un hombre que tuviera esa visión de lo humano, esa creencia en la libertad, esa melancolía desengañada *tan lejana de todo heroísmo como de toda exageración, de todo fanatismo como de toda certeza?* (Martín-Santos, 1979, p. 62).

III

Todos sus actos, sus aventuras, pero sobre todo sus palabras irán encaminadas a convencer de sus razones, así como a su autoeducación y a enseñar a los demás, pero también a aprender de ellos, sobre todo a Sancho, con quien llega a identificarse tanto que logra que el mismo Sancho se convierta en *su yo complementario*⁸; y todo ello sucederá fundamentalmente a través del *diálogo*, que es constante, como es bien sabido, en *El Quijote*, especialmente claro está entre los dos protagonistas. Así lo reconoce el mismísimo Don Quijote cuando le dice a Sancho, después de salir de la escena de los Batanes:

Y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo: que en cuantos libros de caballerías he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo (I, 20, p. 401).

El *diálogo* tiene tal importancia que, sin él, no existiría *El Quijote*, como todos sabemos.

Antonio Machado, después de decirnos que el diálogo en Shakespeare «es un diálogo entre solitarios, hombres que, a fin de cuentas, cada uno ha de bastarse a sí mismo», añade:

Cuando llegamos a Cervantes, quiero decir al Quijote, el diálogo cambia totalmente de clima. Es casi seguro que Don Quijote y Sancho no hacen cosa más importante —aun para ellos mismos—, a fin de cuentas, que conversar el uno con el otro. Nada hay más seguro para Don Quijote que el alma ingenua, curiosa e insaciable, de su escudero. Pero aquí ya no se persiguen razones a través de la selva psíquica, ya no interesa tanto la homogeneidad de la lógica como la heterogeneidad de las conciencias. Entendámonos: la razón no huelga: es como cañamazo sobre el cual bordan con hilos desiguales el caballero y el criado. No olvidemos, sin embargo, que uno de los dialogantes está loco, sin renunciar en lo más mínimo a tener razón, a imponer y —digámoslo en loor de nuestro Cervantes— a persuadir de su total concepción del mundo y de la vida, y que el otro padece tanta cordura como desconfianza de sus razones. Y aquí nos aparece el diálogo entre dos mónadas autosuficientes y, no obstante, afanosas de complementariedad, en cierto sentido, *creadoras y tan afirmadoras de su propio ser como inclinadas a una inasequible alteridad*. Entre Don Quijote y Sancho la razón del diálogo alcanza tan grande profundidad ontológica, que sólo a la luz de la metafísica de mi maestro Abel Martín puede explicarse (Machado, 1964, p. 570).

Este diálogo entre Don Quijote y Sancho se desarrolla como decimos a lo largo de toda la obra, pero es en las aventuras antes y, sobre todo, después de ellas cuando adquiere mayor viveza y cuando Don Quijote trata de convencer a Sancho de lo acertado de sus decisiones, de sus actos⁹. Asimismo, con ocasión del encuentro con los diferentes personajes es cuando Don Quijote trata también de convencer, con un razonamiento impecable, «de su total con-

(8) Salvador de Madariaga ha hecho célebre el término «quijotización» de Sancho. Hay un constante proceso de ósmosis y endósmosis entre don Quijote y Sancho, y ya desde el principio (Sánchez, 1989). Véase, sobre este tema, el célebre artículo de Dámaso Alonso (1962). Recuérdese que Don Quijote, cuando le escribe aquella carta a Sancho, «gobernador de la insula», se despide de él con «Tu amigo/Don Quijote de la Mancha» (II, 51, p. 723).

(9) Resulta curioso observar que las aventuras ocupan muy poco espacio en comparación con los comentarios hechos mediante el diálogo; de modo que aquéllas vienen a ser, como quien dice, «el pretexto», tal y como afirma Alberto Sánchez (1989).

cepción del mundo y de la vida –según dice el texto machadiano–, y, por tanto, de cuán necesario sea defender la verdad y la justicia, bases de la dignidad del ser humano. Así, se va destacando en este proceso a través del diálogo lo importante que para eso es la enseñanza, la educación.

El diálogo entre amo y escudero es de tal intensidad que realiza el «milagro» de que Sancho participe de la misma «locura» de su amo y se abran para ambos las ventanas de todos los horizontes. Este diálogo es como dice asimismo Alberto Sánchez (1989), lo más enjundioso de todo el libro; es un diálogo fresco, animado, vivo: lo más vivo del libro. Don Quijote, la voluntad proyectiva, actúa sobre la voluntad receptiva de Sancho. Y Sancho que no sabe leer ni escribir, como él mismo lo reconoce en varias ocasiones se va elevando a lo largo del libro en un proceso de formación gradual, y lento pero siempre firme.

Como hemos dicho, también Don Quijote se autoeduca a través de la influencia de Sancho, y del diálogo que con él mantiene, pues de todos es sabido que el buen profesor aprende también y se va formando a través de las preguntas de sus alumnos, que le hacen reflexionar. Podemos decir que *El Quijote* es de principio a fin «pedagogía en acción, con un protagonismo esencialmente dual, pues hay en todo él un proceso de enseñanza, de educación, con altibajos pero sobre todo con grandes logros» (Sánchez, 1989). El texto de Machado lo resume todo.

Aparte de las continuas correcciones de lo que Amado Alonso llamó «prevaricaciones lingüísticas» de Sancho¹⁰, o las llamadas a la moderación cuando argumenta sus razones con una serie interminable de

refranes, Don Quijote pretende educarle sacando de él, gracias a la naturaleza bondadosa de Sancho, lo mejor de sí mismo¹¹; y aparte también del diálogo casi monólogo de los capítulos 42 y 43 de la segunda parte donde Don Quijote se explaya en dar consejos a Sancho, unos relativos al espíritu y otros al cuidado del cuerpo, el capítulo que consideramos más importante en lo relativo a la enseñanza y al fin que se busca, es el capítulo 16 de la segunda parte.

Efectivamente, en ese capítulo, ha concentrado Cervantes las ideas básicas y, a la vez, imprescindibles de la educación del ser humano¹². Ahí aparece también el contraste entre dos tipos de educación: la que ha recibido –y quiere transmitir a su hijo don Diego de Miranda, que «lleva una vida desahogada, apacible, placentera, agasajada, al amparo de los suyos y satisfecho con sus riquezas», y la que representa y lleva a cabo Don Quijote, que –con la única, y valiosa, compañía de Sancho– sale en busca de su realización personal abandonando, como ya sabemos, su vida acomodada. Pero el horizonte del Caballero del Verde Gabán es demasiado limitado, y en él no cabe la aventura ni el riesgo, ni por tanto la imaginación y el pensamiento libre. Su vida acomodada no le permite ver más allá de su propio horizonte y no está preparado para dar solución al problema que tiene con su hijo, quien, en contra de la voluntad de su padre, quiere estudiar lo que a él le apetece: *poesía*; pues solo así y a través de ella desarrollará libremente su personalidad. Cervantes insiste en destacar, reiteradamente, lo mucho que este personaje se empeña en *imponer su propia voluntad al hijo*¹³.

(10) Es digno de destacar cómo Sancho, que aprende rápidamente de su amo, en el que tiene una confianza absoluta, ejerce de educador ahora de su mujer ya al principio de la segunda parte: «Yo no os entiendo, marido –replicó Teresa (...). Y si estáis revuelto en hacer lo que decís... –Resuelto has de decir, mujer –dijo Sancho, y no *revuelto*» (II, 5, p. 96).

(11) Así lo reconoce el propio Don Quijote en su testamento cuando, en la primera de las mandas que hace, refiriéndose a Sancho termina con estas palabras: «porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece» (II, 74, p. 1.037). En lo que al uso de refranes se refiere, recuérdese especialmente la discusión que mantienen Don Quijote y Sancho al final del capítulo 67 de la segunda parte.

(12) Véase nuestro estudio sobre este capítulo, donde lo abordamos teniendo en cuenta su vigencia permanente (Pérez-Enciso, 2001). Algunas de las ideas que exponemos a continuación aparecen ya en ese trabajo.

(13) Hasta tal punto se siente infeliz don Diego y quiere presionar a su hijo para que estudie «leyes» o «teología», que le dice a Don Quijote: «de no tenerlo [el hijo], quizá me juzgara por más dichoso de lo que soy» (II, 16, p. 240). Es éste un tema de permanente actualidad. Como ejemplo queremos reproducir, nuevamente, fragmentos de una redacción que hizo un alumno mío sobre este capítulo:

Cervantes nos presenta a su héroe en una de las intervenciones más dignas, más profundamente humanas de toda la obra: Don Quijote aparece ante nosotros —como es habitual en él, pero ahora más que nunca—, lo repetimos de nuevo, seguro de sí mismo, dueño de su pensamiento; y, con una infinita dignidad y cordura, en un diálogo lleno de majestuosa sencillez, expone al Caballero —que parece pagado de sí mismo— su pensamiento acerca de la educación de los hijos. El mundo de Don Quijote está más en consonancia con el espíritu inquieto del hijo del Caballero del Verde Gabán que con la vida anodina de éste. Preguntarse por las cosas, por el hombre; asombrarse, buscar, aventurarse para descubrir lo desconocido¹⁴, inquietar, obligar a pensar..., todo eso ha sido, como ya sabemos, la norma de Don Quijote desde que salió de su aldea; y aquí Don Quijote, que no tiene hijos, puede dar lecciones a este «virtuoso» Caballero: «los padres tienen que respetar el camino que elijan los hijos, y más si el hijo quiere seguir el camino de la poesía, que es la reina de las ciencias, ante la que hay que sentir un gran respeto».

Luego Don Quijote le recuerda que los hijos, que «son pedazos de las entrañas de sus padres», ante todo se han de querer, «o buenos o malos que sean», como «almas que nos dan la vida» (II, 16, 241). A continuación

le da una serie de consejos que son todo un catálogo de orientaciones, válidas no sólo para los más modernos y valiosos sistemas de enseñanza, sino para todos los tiempos: son éstos consejos los que conservarán siempre una palpitante actualidad.

Ya sabemos que el chico lo que quiere es estudiar poesía, por eso Don Quijote aprovecha el momento para hacer un precioso elogio precisamente de la poesía, que, aunque «es menos útil que deleitable, no es de aquellas que suelen deshonrar a quien la posee» (II, 16, p. 242). Y no se conforma con dar por hecho que es una ciencia, sino que añade:

La poesía, señor hidalgo, a mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad, y en todo extremo hermosa, a quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas y todas se han de autorizar con ella (II, 16, p. 242).

Es decir, que la poesía no solamente es una ciencia, sino que «todas las otras ciencias» han de estar a su servicio y, a la vez, ha de aprovecharse de ellas e incluso «autorizarlas». Después, y siguiendo con la muy acertada imagen de la «doncella»¹⁵, añade estas palabras, que deberían tener en cuenta algunos de los políticos actuales¹⁶, y los malos poetas de todos los tiempos:

Pero hay otra cosa de la que no nos damos cuenta, y es lo que produce esa libertad de elegir lo que a uno le gusta: lo primero eso, la capacidad de elegir; lo segundo, el desarrollo de tu personalidad, la maduración de la persona (...). Al fin y al cabo pienso que son los pilares básicos del desarrollo de una persona y su capacidad para moverse en el mundo que le rodea, aunque al final gane menos (...). ¿De qué me sirve estudiar una cosa que no me gusta si no me llena? Yo he tenido un problema de este tipo, siempre he actuado influido por mi familia; las decisiones nunca las tomaba por mi cuenta (...). El último problema que tuve fue hace dos años y tuvo que ver, precisamente, con los estudios. Yo quería hacer Terapia Ocupacional; era mi ilusión desde 1º de BUP, o, si no, Educación Especial. En mi familia me dijeron que esas no eran carreras; que debía hacer Administración y Dirección de Empresas; y yo, naturalmente, accedí. Llegó el comienzo de las clases y yo iba ilusionado (...); pero no aprobé ninguna (...). Decidí contarle a mi madre que esa carrera no me gustaba. Al principio se enfadó, pero finalmente se resignó. Yo quería hacer una carrera más «humana», que sirviera de ayuda a mucha gente. Eso sí que era algo que me llenaba. Finalmente dejé la carrera y volví a la misma situación anterior, pero esta vez elegía yo, no mi familia. Creo que la decisión que he tomado es la acertada (...). Este consejo que da don Quijote a don Diego de Miranda es un consejo demasiado «moderno» para esos tiempos, pero, aun así, pienso que es el consejo más acertado que le podía haber dado (Enrique Fernández Acebes).

(14) Recordemos lo que hemos dicho anteriormente y recordemos también que eso mismo es lo que hace el protagonista del cuento de Rodrari.

(15) Como nos recuerda A. Sánchez, «Cervantes gusta de presentar una personificación de la poesía, noblemente ataviada y descolante en el concepto de las artes y ciencias» (1961, 194), y cita otro ejemplo semejante de *La Gitanilla*.

(16) Recuerdo, a este respecto, la desagradable impresión que me produjo el hecho de que un destacado político español recurriera, en plena campaña electoral de 1996 y con fines partidistas —por tanto, espurios y sacados de contexto—, a citar versos de alguno de nuestros más valorados poetas.

Pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas ni por los rincones de los palacios (II, 16, pp. 242-243).

Cervantes, por boca de Don Quijote, ahonda todavía más en la concepción de «poesía» como algo de supremo valor y que es imprescindible que quien quiera acercarse a ella lo haga como quien se acerca a un delicadísimo tesoro de inestimable «precio»:

Ella es hecha de una alquimia de tal virtud que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio; hala de tener, el que la tuviere, a raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos (II, 16, p. 243).

Luego de decirnos que la poesía «no ha de ser vendible en ninguna manera» y que «no se ha de dejar tratar de los truhanes ni del ignorante vulgo», hace esta aclaración, digna de permanente recuerdo:

Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente a la gente plebeya y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo (II, 16, p. 243).

Escuchamos, pues, puesta en boca de Don Quijote, una de las frases más luminosas y comprometidas de Cervantes que podemos encontrar en toda la novela: «yo llamo aquí vulgo a todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe». Y la poesía no debe ser manoseada por el vulgo. No es algo corriente¹⁷:

Cervantes ha dado aquí el toque de novedad moderna introduciendo en ese «vulgo» a los ricos ignorantes, a la mediocridad carente de instrucción, haciendo caso omiso de la nobleza de sangre o de los privile-

gios económicos. Tanto vales, cuanto sabes: transformación idealista del «tanto tienes, tanto vales» (Sánchez, 1961, p. 195).

Nosotros hemos pensado siempre que *la poesía* está en el fondo de todas las cosas y de una manera especial en el del ser humano, y toda enseñanza debe comenzar con ella, y ella debe ser el principio que guíe la formación del hombre: ante todo porque el niño es esencialmente una criatura de enorme sensibilidad, lleno de vida, de ilusión, que vive en un mundo mágico cuyo secreto ansía conocer. Y, luego, porque el mundo que nos rodea necesita ser conocido a través de las entrañas de la infancia que todo hombre lleva en el fondo de sí mismo y que, desgraciadamente, olvida con tanta frecuencia y transforma en un mundo degradado y odioso, convirtiendo, así, lo que es vida y libertad en la más negra esclavitud y muerte. Y sólo en un acto de «locura» como la que transformó a Don Quijote —y a Sancho—, se puede intentar recuperar aquel mundo mágico.

Una vez más, en aquel horizonte manchego, es posible la aventura cuando la mente no se ve limitada por lo concreto, por el mundo doméstico que todo lo alinea; y Don Quijote, por primera vez en esta segunda parte, demostrará el valor que le llevó a la aventura en la primera parte de la novela, volviéndose a enfrentar con ese poder establecido que tanto alabaron otros. Ante su mirada aparece «un carro lleno de banderas reales». Don Quijote vuelve al mundo de la «locura», pero una locura fraguada en el ánimo y el esfuerzo. Y vuelve, después de haber dado a don Diego de Miranda y a todos los «diegos» del mundo la más maravillosa y acertada lección que se puede dar sobre la educación de los hijos, de la humanidad, y sobre la libertad humana.

(17) Sobre la educación, así como la importancia de la poesía en la misma sobre todo, pueden verse los artículos 27 y 30, respectivamente de Bajamin G. Kohl, «Humanism and Education» y de Danilo Aguzzi-Barbagli, «Humanism and Poetics», que aparecen en el volumen 4 (Partes a y b respectivamente) de la importantísima obra colectiva *Renaissance Humanism*, 5 vols., publicada en Philadelphia, The University of Pennsylvania Press, 1988.

Lección que conserva y conservará todo su valor a través de los tiempos. Como dice Martín Santos,

En ese «hacer loco» a su héroe va embozada la última palabra del autor. La imposibilidad de realizar la bondad sobre la tierra no es sino la imposibilidad con que tropieza un pobre loco para realizarla. *Lo que Cervantes está gritando a voces es que su loco no estaba realmente loco*, sino que hacía lo que hacía para poder refirse del cura y del barbero, ya que, si se hubiera reído de ellos sin haberse mostrado previamente loco, no se lo habrían tolerado y hubieran tomado sus medidas montando, por ejemplo, su pequeña inquisición local, su pequeño potro de tormento y su pequeña obra caritativa para el socorro de los pobres de la parroquia (Martín Santos, 1979, p. 63).

Es decir, Cervantes nos está indicando que no debemos aceptar las instituciones que impiden el desarrollo de la personalidad individual y coartan su libertad —personalidad y libertad que son bases de toda enseñanza—. Y como Cervantes, Don Quijote no se conforma con ese mundo degradado que observa a su alrededor —según dejamos ya dicho más arriba—, tendrá que inventar un escenario más digno, humano y noble, y más justo, donde el hombre, por encima de todo, pueda efectivamente ser libre tal y como le pertenece por derecho natural. Así lo proclama Cervantes y lo sostiene a lo largo de la novela, y de toda su obra, y Don Quijote lo destaca especialmente en dos ocasiones, en el capítulo de los galeotes y después de abandonar la mansión de los duques al verse «en la campaña rasa y libre». Así dice: «Me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y Naturaleza hizo libres» (I, 22, p. 446), «No es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles

nada en ello» (I, 22, p. 447), «La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad se puede y debe aventurar la vida» (II, 58, p. 797)¹⁸.

Un hecho que conviene destacar en lo que a la estructura del diálogo —y en general a la de *El Quijote*— se refiere es *la falta de prisa* con que transcurre y la serenidad que produce. Se saborea el tiempo, sobre todo el tiempo de la conversación, pausadamente, serenamente. Ello contribuye al goce que nos produce su lectura: ese tiempo amoroso que comparten esas dos almas gemelas y que con tanta frecuencia nos presentan dos visiones diferentes pero complementarias de la misma realidad, y que tan fecundo resulta para la enseñanza, para el desarrollo de su formación. Debemos enseñar a gozar de una lectura lenta, reposada, meditada, para ir interiorizando sensaciones, vivencias. Como dice Roland Barthes:

No devorar, no tragar, sino masticar; para leer a los autores de hoy es necesario reencontrar el ocio de las antiguas lecturas: ser lectores *aristocráticos* (Barthes, 1991, p. 23).

IV

De ese modo, lenta pero firmemente, va calando en Sancho la palabra de su amo; como se ve, por ejemplo, cuando sale en defensa de la dignidad del mismo —y de la suya propia— cuando lo llevan enjaulado de regreso a su casa tras las aventuras vividas en la primera parte. Cervantes ha conseguido que Sancho sea ya «uno» con su señor. Sancho sabe bien que a su señor lo llevan enjaulado contra su voluntad; así les

(18) Así le habla a Sancho cuando dejan el palacio de los duques y Sancho se siente «contentísimo» por los días allí pasados; pero Don Quijote le advierte que no habrá libertad si aquello de lo que se goza no es tuyo, porque «las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan campar el ánimo libre» (II, 58, p. 798).

dice: «Ahora, señores, quíeranme bien o quíeranme mal por lo que dijere, el caso de ello es que así va encantado mi señor Don Quijote como mi madre: él tiene su entero juicio, él come y bebe y hace sus necesidades como los demás hombres, y como las hacía ayer antes que le enjaulasen» (I, 47, p. 903). Y luego, dirigiéndose al cura:

¡Ah señor cura, señor cura! ¿Pensaba vuestra merced que no le conozco, y pensará que yo no calo y adivino adónde se encaminan estos nuevos encantamientos? Pues sepa que le conozco, por más que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo, por más que disimule sus embustes. En fin, donde reina la envidia no puede vivir la virtud (I, 47, p. 903).

Después, el barbero le dice, engreído y displicente, a Sancho: «En mal punto os empreñastes de sus promesas, y en mal hora se os entró en los cascos la ínsula que tanto deseáis» (I, 49, p. 904). Pero el buen escudero Sancho, defendiendo su personalidad, y, como ofendido en su propia dignidad por las palabras del barbero, con sano orgullo y muy satisfecho de haber acompañado y servido a su señor, le replica, con el respeto que merece toda persona, sí —y hasta con cierta ironía y superioridad como quien sabe más que él—, pero con toda la fuerza de quien está seguro de sí mismo:

Yo no estoy preñado de nadie, ni soy hombre que me dejaría empreñar, del rey que fuese; y aunque pobre, soy cristiano viejo, y no debo nada a nadie; y si ínsulas deseo, otros desean otras cosas peores; y cada uno es hijo de sus obras¹⁹; y debajo de ser hombre puedo venir a ser papa, cuanto más gobernador de una ínsula (...) ²⁰. Vuestra merced mire cómo habla, señor barbero, que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro a Pedro. Dígolo porque todos nos

conocemos, y a mí no se me ha de echar dado falso. Y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad; y quédese aquí porque es peor meneallo (I, 47, pp. 904-905).

La fuerza de la palabra es tal, y tanta la fe inquebrantable del escudero en la de su amo, que en muchas ocasiones Sancho («colgado de sus palabras») acaba creyendo —o por lo menos dudando— en lo que Don Quijote dice. Así en la aventura de los rebaños:

Y la polvareda que había visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que, por aquel mismo camino, de dos diferentes partes venían, las cuales, con el polvo, no se echaron de ver hasta que llegaron cerca. Y con tanto ahínco afirmaba don Quijote que eran ejércitos, que Sancho *lo vino a creer* (I, 18, p. 345).

En la aventura del Caballero del Bosque, tras la victoria de Don Quijote éste trata de convencer a Sancho y llevarlo al mundo de su fantasía. De modo que el escudero —que en el capítulo 10 se había inventado el encantamiento de Dulcinea— acaba dudando de que el caballero al que realmente ha vencido Don Quijote sea en efecto Sansón Carrasco; y así le dice a su señor:

Soy de parecer, señor mío, que, por sí o por no, vuesa merced hinque y meta la espada por la boca a este que *parece el bachiller Sansón Carrasco*; quizá matará en él a alguno de sus enemigos los encantadores (II, 14, p. 221).

Y cuando Don Quijote decide enfrentarse a los leones cuando van plácidamente hablando con el Caballero del Verde Gabán, que los ha invitado a su casa, y después de rogarle que intervenga para que Don Quijote no se enfrente a los leones,

(19) Aparte de que, como es bien sabido, tanto Don Quijote como Sancho recurren con frecuencia a la sabiduría popular —aunque Cervantes la suele poner más en boca de Sancho—, conviene destacar aquí la evidencia de que éste aprende y asimila a la perfección lo que su amo ha dicho en otras ocasiones (I, 1, p. 59; I, 4, p. 104).

(20) Véase sobre estos pensamientos lo que dejamos dicho en la nota 6.

tiene lugar una de las más acertadas y dignas intervenciones de Sancho en defensa de las acciones de su señor. Así lo vemos en este diálogo y en la intervención posterior:

—Pues ¿tan loco es vuestro amo —respondió el hidalgo—, que teméis y creéis que se ha de tomar con tan fieros animales?

—No es loco —respondió Sancho—, sino atrevido.

—Yo haré que no lo sea —replicó el hidalgo (II, 17, p. 253).

Pero, naturalmente y como era de esperar, las intervenciones sucesivas del hidalgo, así como las del propio Sancho, no surtieron efecto alguno. Por eso, cuando Don Quijote les llama para que regresen, Sancho exclama: «Que me maten si mi señor no ha vencido a las fieras bestias, pues nos llama» (II, 17, p. 259). Y el final de la famosa aventura se cierra con estas memorables palabras de Don Quijote, que son toda una proclama contra el miedo y a favor de la búsqueda de lo desconocido, del riesgo, de la *aventura*:

¿Qué te parece desto, Sancho? —dijo don Quijote—. ¿Hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura; pero el esfuerzo y el ánimo, será imposible (II, 17, p. 260).

V

Es inductable y evidente que la enseñanza que recibimos de la actuación y la manera de ser de Don Quijote nos induce, nos incita, ante todo, a la defensa de la dignidad del ser humano, y a lograr el desarrollo en libertad de la personalidad de cada individuo. Por ello es necesario ir poniendo al hombre, ya desde niño y según su capacidad, en una encrucijada de caminos y que él con nuestra ayuda —cuando ésta sea necesaria—, vaya tomando la iniciativa de elegir el suyo propio. Deberemos infundir-

le confianza en sí mismo, abrirle horizontes, y hacer que esa alegría de la infancia siga viviendo en el fondo de sus entrañas. Es obligación nuestra, asimismo, oponernos por todos los medios a que en sus jóvenes conciencias aparezca ese sentimiento de culpa que tanto daño ha hecho y sigue haciendo a la humanidad, así como impedir y evitar siempre que el miedo se apodere de él, siguiendo el ejemplo de Don Quijote: *ese sentimiento de culpa y ese miedo, que son el cáncer de la enseñanza y el aprendizaje, de la educación, y que tan nefastas consecuencias acarrea a la sociedad, y tan dañino resulta para la vida colectiva y la convivencia; pues, como dice Darío Fo —ese hipnotizador italiano de almas y palabras, premio Nobel de Literatura:*

Un pueblo que no tiene sentido del humor termina siendo criminal. Lo primero que se le arranca a un pueblo libre es la alegría de vivir. Cuando un pueblo se siente con sentimiento de culpa, es más fácil de dominar, no es un hombre libre (Fo, 1986).

Tal y como hace nuestro héroe, secundado por su escudero —y como hizo el niño Martín, del cuento de Rodari—, el joven/el hombre debe lanzarse en busca de lo desconocido, y de su propia realización personal. Por eso decimos en nuestro título *enseñar para la aventura*; ello quiere decir, como ya queda expuesto a lo largo de este trabajo: *dudar, elegir, arriesgarse, someter todo lo que se recibe a la criba de la razón humana, pensar por sí mismo, tener su propio criterio y aprender a conocer y defender los valores humanos*. Todo esto lleva consigo el ser libres, el poder tener ideas propias y, respetando las ajenas, contrastarlas con ellas, y sacar sus propias conclusiones.

¿Cómo podremos conseguir alcanzar esta meta? Pensamos que únicamente si se enseña, se educa y se aprende en un ambiente de amplitud de miras, abierto, respetuoso y tolerante, *libre*; y si, al mismo tiempo, se frecuenta la lectura, mejor cuanto más variada sea, una lectura que siembre en su alma —tal y como nos dice Emilio Lledó—

«la entreabierta semilla de un lenguaje para la reflexión, y que haga, como dice el poeta, *el alma navegable*».

Sí. «El alma navegable» platónica sólo puede darse a través de la literatura. Ese inacabable panorama de millones de naves, construidas por los poetas a lo largo de los siglos —como decimos en otro lugar—²¹, constituyen la única manera de recorrer todos los mundos y abrir nuestra mente, la de los jóvenes sobre todo, enriqueciéndola con multitud de visiones que amplíen sus horizontes y le abran las puertas de par en par a la reflexión. A través de sus obras los grandes creadores han ido dejando su propia visión del hombre de su época, y del mundo en que han estado inmersos, así como las impresiones que en su espíritu ha dejado su paso por ese mundo.

Para conseguir aquella amplitud de horizontes, y preparar al hombre para ello ya desde niño, debemos «iniciarlo en el infinito placer de leer», como dice Lázaro Carreter (1991). Ese placer que hizo que Don Quijote «pasara las noches de claro en claro, y los días de turbio en turbio» (I, 1, p. 57). Cervantes lo conocía muy bien y, seguramente mientras escribía su obra inmortal, disfrutaba tanto escribiéndola como pensando en lo que habían de gozar sus contemporáneos y las generaciones futuras, porque tenía clara conciencia, y lúcida, del valor de su obra. Tenía conciencia de que aquella modélica *pareja de almas gemelas* —ingenua, curiosa e insaciable—, en su deambular por el mundo y en su relación con todas las clases sociales, había de hacer reír, y pensar, y llorar, a los hombres de todas las edades y de todos los tiempos. Sí, de todas las edades, porque *El Quijote* es obra que se puede leer en cualquier etapa de la vida, aunque en cada una de distinta manera. Así se lo dice a Don Quijote el astuto Sansón Carrasco cuando

aquél afirma que su historia «tendrá necesidad de comento para entenderla»²²:

—Eso no —respondió Sansón—, porque es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la *manosean*, los jóvenes la *leen*, los hombres la *entienden* y los viejos la *celebran* (II, 3, p. 68).

De ese modo, en el horizonte manchego de la vida humana se encontrarán, junto a Don Quijote y Sancho, todos aquellos que, eligiendo libremente y seguros de sí mismos, aun en medio de la duda el camino de su andadura personal, busquen alcanzar la plenitud como ser humano sobre la tierra.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, D.: «Sancho-Quijote, Sancho-Sancho», en *Del Siglo de Oro a este siglo de siglos*. Madrid, Gredos, 1962, pp. 9-19.
- BARTHES, R.: *El placer del texto*, Madrid, SIGLO XXI, 1991.
- CERVANTES, M. de.: *El Ingentoso Hidalgo don Quijote de La Mancha*. Madrid, ed. de V. Gaos, Gredos, 3 vols, 1987.
- FELIPE, L.: *Ganarás la luz*, 3, «El poeta prometeico», en *Obras completas*. Buenos Aires, Losada, 1963.
- FO, D.: Entrevista hecha al autor en *El País*, publicada el 8 de marzo de 1986.
- LÁZARO CARRETER, F.: «La enseñanza de la literatura», en *Actas de las I jornadas de metodología y didáctica de la lengua y la literatura españolas*. Cáceres, ICE de la Universidad de Extremadura, 1991.
- MACHADO, A.: *Obras. Poesía y prosa*. Buenos Aires, Losada, 1964.
- MARTÍN-SANTOS, L.: *Tiempo de silencio*. Barcelona, Seix Barral, 1979.
- PÉREZ, M. J.: *La palabra necesaria: Magia, maravilla y poder del lenguaje*. Conferencia inaugural del Curso Académico

(21) Véase nuestra conferencia inaugural del curso 2003-2004 en la Facultad de Educación-Centro de Formación del Profesorado (Pérez, 2003).

(22) Véase nuestro trabajo sobre la ficción y la realidad en *El Quijote* (Pérez-Enciso, 1999).

- 2003-2004. Madrid, Facultad de Educación-Centro de Formación del Profesorado, 2003.
- PÉREZ, M. J.; ENCISO, J.: «Cervantes entre la realidad y la ficción de su propia obra. (Una meditación personal en torno al capítulo III de la Segunda Parte)», en *Didáctica (Lengua y Literatura)*, Núm. 11. Madrid, Publicación de Universidad Complutense, 1999, pp.111-122.
- «El capítulo XVI de la segunda parte del Quijote. El tema de la educación y su actualidad», en *Volver a Cervantes. Actas del IV^º Congreso Internacional de la AC (Lepanto, 1/8 de octubre de 2000)*. Palma, Universitat de les Illes Balears, 2001, pp. 705-713.
- RODARI, G.: *Cuentos por teléfono*. Barcelona, Juventud, 1980, pp. 59-61.
- ROJAS, F. *La Celestina*. Madrid, Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, 2 vols, 1958.
- SÁNCHEZ, A.: «El Caballero del Verde Gabán», en *Anales cervantinos*, 9, 1961, pp. 169-201.
- «Don Quijote, pedagogía en acción», conferencia pronunciada en la Escuela Universitaria Pablo Montesino, en mayo de 1989, con motivo del 150^º aniversario de la creación de la primera Escuela de Magisterio.
- SAVATER, F.: *El valor de elegir*. Barcelona, Ariel, 2003.
- SERRANO PLAJA, A.: *Realismo «mágico» en Cervantes*. Madrid, Greco, 1967.
- WEINRICH, H.: *Estructura y función de los tiempos en el lenguaje*. Madrid, Greco, 1968.

